

Predicación Daniel Díez | Retiro Nehemías 2026

La esencia del ministerio permanece en Cristo

Aunque las estructuras sociales, los gobiernos y las circunstancias puedan cambiar, la esencia del ministerio debe permanecer inmutable. Su fundamento sigue siendo el amor de Dios y un corazón sensible, sostenido firmemente sobre Cristo, la roca que permanece inamovible.

Las personas que han conocido al Señor y han experimentado una transformación del corazón pueden sentirse diferentes al entorno que las rodea. Ya no encuentran su identidad en los patrones de este mundo, porque pertenecen a un orden distinto. Incluso cuando fallan y pecan, existe en ellas un conflicto interior que les hace reconocer que ya no encajan de la misma manera.

Sin embargo, Dios tiene una perspectiva perfecta sobre cada persona. Él conoce el lugar que ha preparado para cada uno y sabe dónde debe encajar dentro de su propósito.

Dios trabaja en la edificación de nuestras vidas

Jesús es presentado como un constructor que trabaja con piedra, labrando cada pieza para que pueda ocupar un lugar específico. Esta imagen permite comprender cómo el Señor trabaja en la vida de cada persona: conoce exactamente dónde debe encajar y qué lugar debe ocupar.

De la misma manera que un constructor ajusta una piedra para

integrarla en un muro, Dios utiliza su amor y su trato para transformar las vidas. Él no busca simplemente seguidores, sino corazones nuevos y transformados que puedan formar parte de la casa donde desea habitar.

Por eso, no es necesario intentar encajar en el mundo ni vivir buscando agradar a los demás. Dios no convive con la inmundicia del pecado y del mundo, sino que trabaja en nosotros para llevarnos hacia aquello que Él ha preparado.

No vivir pendientes de la opinión de los demás

La sociedad puede llevar a las personas a preocuparse excesivamente por su apariencia, su imagen y la opinión ajena. Esa preocupación consume muchas fuerzas y puede hacer que una persona deje de avanzar en el proceso que Dios está realizando en su vida.

La opinión de quienes rechazan u odian no debería ocupar el centro de nuestra atención. Lo verdaderamente importante es la opinión de quien ama y se preocupa por nosotros. El cambio personal debe conducir hacia la madurez, el crecimiento y el avance, no hacia un retroceso.

Este proceso puede compararse con el cangrejo ermitaño, que llega a un momento en el que necesita abandonar su seguridad para encontrar un espacio mayor donde continuar creciendo. Durante ese proceso queda expuesto y vulnerable, pero necesita atravesarlo para poder avanzar.

De la misma manera, las crisis pueden convertirse en momentos de cambio y transformación. Son etapas en las que podemos sentirnos expuestos mientras Dios trabaja en nosotros.

La introspección es necesaria para crecer

El primer paso para cambiar consiste en mirar hacia dentro y reconocer aquello que necesita ser corregido, podado o arreglado. La madurez implica reconocer que todavía existen aspectos de nuestra vida que necesitan transformación.

También es necesario aprender a ayudar a los hermanos con amor. Señalar un error no debe convertirse en crítica, juicio o murmuración, sino en una oportunidad para ofrecer una guía constructiva sobre aquello que puede mejorar.

Para hacerlo correctamente se necesita la dirección del Espíritu Santo y la sabiduría de lo alto. No basta con identificar lo que está mal; también es necesario saber cómo cambiarlo y tener la capacidad de llevar ese cambio a la práctica.

La comunión entre los creyentes debe convertirse en una verdadera edificación mutua. Los hermanos están llamados a alimentarse unos a otros mediante la palabra de Dios y a ayudarse a crecer.

Ensanchar el corazón hacia los demás

Pablo expresa en 2 Corintios 6:11 que su corazón se había ensanchado hacia los corintios. Había abierto un espacio amplio para ellos en su vida, mientras que les exhortaba a corresponder de la misma manera.

Este ensanchamiento del corazón refleja una actitud constructiva, semejante a la relación entre un padre y sus hijos. Lo que se recibe del Señor no debe ser retenido de manera egoísta. La gracia recibida debe compartirse ampliamente.

Cuando aquello que Dios ha dado se retiene, se impide que el aceite de su presencia fluya. Por eso, el crecimiento personal no consiste solamente en preocuparse por las propias necesidades, sino también en ampliar el corazón para recibir, amar y servir a los demás.

Confiar en Dios para poder servir al prójimo

La confianza en que el Señor se ocupa de nuestras necesidades permite dejar de vivir centrados en nosotros mismos. Cuando confiamos en su provisión, podemos dedicar nuestra atención a amar y servir al prójimo.

El matrimonio se presenta como un ejemplo de una relación en la que el cuidado mutuo sustituye la preocupación individual. De esta manera, la vida espiritual también debe llevarnos a preocuparnos por los demás, confiando en que Dios tiene cuidado de nosotros.

El amor hacia Dios se demuestra de manera práctica mediante el amor y el servicio al prójimo. Lo que hacemos por los demás lo hacemos para Dios. Por eso, en lugar de vivir preocupados constantemente por la economía o por nuestras propias necesidades, somos llamados a confiar en el amor profundo del Señor.

La manera de corresponder al amor que Dios nos ha mostrado es amar a los demás. En la medida en que somos amados, también estamos llamados a amar.

Dios nos llama a ensancharnos y seguir creciendo

Isaías 54:1-3 presenta una invitación a ensanchar el sitio de la tienda, extender las cortinas, alargar las cuerdas y

reforzar las estacas. El mensaje apunta hacia la expansión y hacia la posibilidad de avanzar más allá de lo que ya se ha alcanzado.

La promesa de que la descendencia heredará naciones y habitará ciudades asoladas ha acompañado durante años a un ministerio. Esta palabra también sirve como una exhortación a no conformarse con aquello que Dios ya ha hecho.

El creyente está llamado a continuar creciendo en fe, madurez, experiencia y sabiduría. El crecimiento no debe detenerse. La vida con Dios implica avanzar y permitir que cada vez se manifieste más su capacidad en nosotros.

También se destaca el crecimiento de Jesús en inteligencia y sabiduría durante su infancia como una manifestación progresiva de su naturaleza divina a medida que maduraba físicamente. De la misma manera, los creyentes deben evitar conformarse a los patrones del siglo actual y continuar avanzando.

La fidelidad de Dios nos permite mirar hacia el futuro

El miedo al futuro puede llevar a desarrollar una mentalidad de escasez y a intentar acumular recursos para sentirse seguros. Sin embargo, durante tiempos difíciles, como los vividos durante la pandemia, se presenta el ejemplo de haber elegido dar en lugar de guardar.

A pesar de distribuir ayuda constantemente, las despensas permanecían llenas. Esta experiencia se presenta como una demostración de la fidelidad de Dios y como un recordatorio de que su naturaleza no cambia.

Lo que Dios ha demostrado en el pasado constituye una garantía de su fidelidad futura. Él permanece inmutable, por lo que el creyente puede confiar en que seguirá cuidando y sosteniendo.

Ser transformados a la imagen de Cristo

El crecimiento personal implica cambiar para mejorar y aprender mediante la imitación y la cercanía con el Señor. La semejanza con Cristo requiere invertir tiempo en su presencia, siguiendo el ejemplo de Pablo de imitar a Cristo.

La transformación ocurre al mantener la mirada puesta en el Señor. Esta idea se relaciona con la experiencia de Moisés, quien fue transformado después de vislumbrar la espalda de Dios.

Cuanto más se contempla al Señor y se permanece cerca de Él, más se produce una transformación en la vida. El objetivo no es simplemente conocer acerca de Dios, sino permitir que esa relación transforme nuestra manera de vivir.

Una nueva identidad en Cristo

Dios está fuera de las limitaciones del tiempo y contempla a las personas no únicamente por lo que son en el presente, sino también por aquello en lo que llegarán a convertirse. A través de la fe en Jesucristo, el creyente es considerado perfecto ante los ojos de Dios, aunque todavía existan defectos y fallos en el proceso de transformación.

Al mirar a los creyentes, Dios ve a su Hijo Jesucristo proyectado en ellos. Cristo es el camino, la verdad y la vida, y seguir sus pasos implica caminar por el proceso que conduce hacia la presencia de Dios.

El Salmo 18:30 refuerza esta idea al presentar el camino de Dios como perfecto. Cristo es presentado como perfecto y como el modelo hacia el cual debe dirigirse la vida del creyente.

El hijo de Dios recibe una nueva identidad

Según las enseñanzas de Pablo, quienes han sido crucificados y resucitados juntamente con Cristo se convierten en nuevas criaturas. Su identidad ha cambiado: dejan atrás su antigua condición y pasan a vivir como hijos de Dios.

Aunque el proceso de transformación todavía no haya llegado a su plenitud, por medio de la fe ya existe una nueva identidad. El creyente puede caminar desde esa realidad y no desde aquello que todavía necesita ser transformado.

Yahvé es presentado como escudo para quienes esperan en Él, como la roca inamovible, inmutable y perfecta de la salvación. También es quien ciñe de poder al creyente y le proporciona la fuerza necesaria para continuar.

Perseverar hasta alcanzar la perfección

La fe permite tener la certeza de que ninguna prueba, tribulación, obstáculo ni siquiera la muerte puede separar al creyente del amor de Dios. La seguridad y la fuerza no proceden de las propias capacidades, sino directamente del Señor.

Es Dios quien perfecciona al creyente y lo conduce hacia la madurez, tomando a Cristo como referencia y como la altura hacia la que debe avanzar. La vida como hijo de Dios consiste en caminar por ese camino de perfección, teniendo a Cristo como destino.

Por eso, aunque existan momentos de dificultad, exposición, cambio o incertidumbre, la exhortación es clara: no desfallecer, no perder la fe y no desanimarse. El poder necesario para continuar no depende únicamente de nosotros,

sino del Señor, que permanece como la roca inamovible sobre la que está edificada nuestra vida.